

EL EMPLEO Y LA DISTRIBUCIÓN DEL INGRESO BAJO EL MODELO NEOLIBERAL MEXICANO

José Luis Calva

Las políticas neoliberales de estabilización y ajuste económico han tenido enormes costos sociales que conforman una deuda social muy superior a la deuda externa de México. La política de topes salariales por debajo del índice inflacionario y el abarrotamiento de los mercados de trabajo por la casi nula generación de empleos, provocaron la severa degradación de la participación de los salarios en el producto nacional, del 37.1 por ciento del PIB en el periodo 1970-1982 al 25.5 por ciento durante los últimos cinco años, lo cual significa que los asalariados tuvieron una pérdida acumulada de 252 mil 503.5 millones de dólares entre 1983 y 1993.

Los salarios mínimos sufrieron una reducción casi ininterrumpida a lo largo de once años, hasta representar en 1993 menos de la mitad (47.5 por ciento) del poder adquisitivo que tenían en 1982; los salarios contractuales sufrieron una disminución igualmente vertical hasta perder el 40 por ciento de su poder de compra, y los salarios manufactureros perdieron el 38.3 por ciento de su poder adquisitivo entre 1982 y 1988 y, a pesar de su ligera recuperación en años subsiguientes, aún son 19.4 por

ciento inferiores a los de 1982.

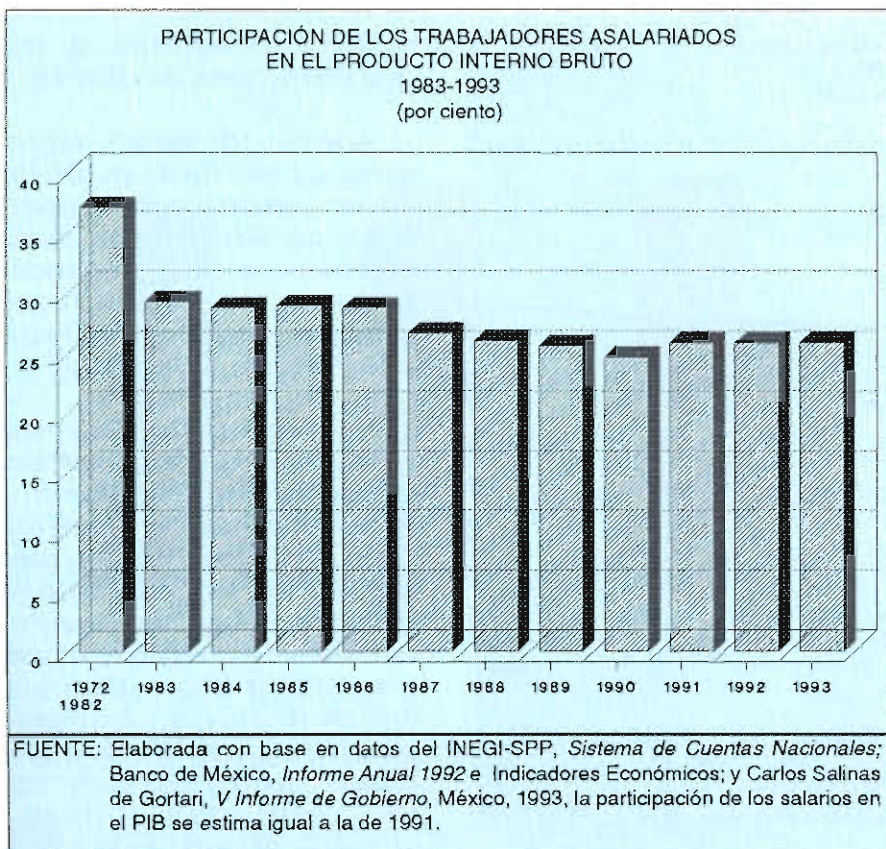
Las políticas de contracción provocaron el desplome vertical del nivel general de empleo: entre 1983 y 1992, en el conjunto de la economía mexicana solamente se crearon 2.0 millones de empleos remunerados, pero cada año tocaron las puertas del mercado laboral entre 0.9 y 1.1 millones de jóvenes demandantes de empleo en los años ochenta y 1.2 millones en los años noventa. De este modo, 10.4 millones de jóvenes no encontraron empleo remunerado durante ese lapso (se estima que alrededor de un tercio de ellos emigraron de manera ilegal a Estados Unidos), y el desempleo pasó a deambular en las calles de las urbes y a encubrirse bajo múltiples formas de actividad marginal.

Como resultado, se registró una degradación generalizada de los niveles de vida de las mayorías nacionales: los estratos medios se empobrecieron, los pobres descendieron a la miseria y los miserables vieron aumentar la morbilidad y mortalidad de sus hijos por desnutrición (el porcentaje de niños de uno a cuatro años con desnutrición severa en el medio rural pasó

del 7.7 en 1979 al 15.1 por ciento en 1989; la mortalidad infantil por desnutrición entre los niños de uno a cuatro años se incrementó 221 por ciento entre 1982 y 1990 y entre los niños menores de un año se incrementó 127 por ciento). Tan sólo entre 1981 y 1987 el número de pobres pasó de 32.1 a 41.3 millones, y la población en pobreza extrema pasó de 13.7 a 17.3 millones de mexicanos.

La distribución funcional del ingreso, que nunca ha sido buena en México, empeoró bajo el modelo neoliberal. Mientras las ganancias empresariales ("excedentes de operación") pasaron del 52.8 por ciento del ingreso nacional disponible (IND) en 1981 al 61.6 por ciento en 1991, las remuneraciones de los asalariados pasaron del 42.6 por ciento del IND en 1981 al 29 por ciento en 1991.

La distribución familiar del ingreso, que tampoco fue buena en el pasado, sufrió una evolución regresiva bajo el modelo neoliberal: el 40 por ciento de los hogares con menores ingresos disminuyen su participación en el ingreso familiar total del 14.36 por ciento en 1984 al 12.68 por ciento en 1992, mientras que el 20 por ciento de la población

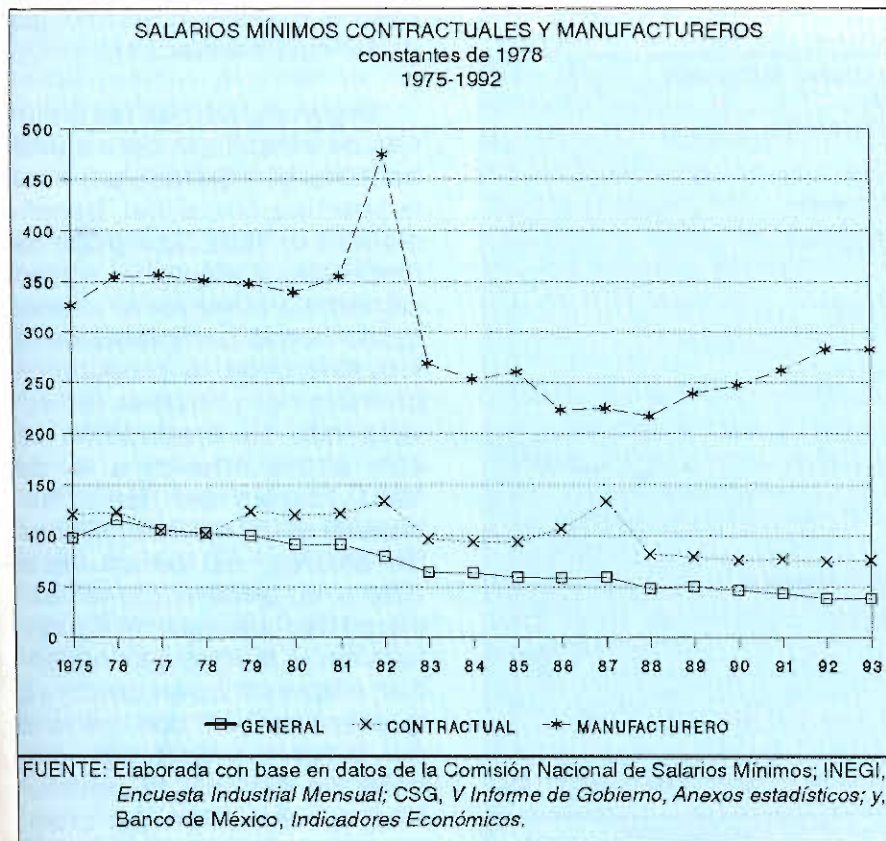


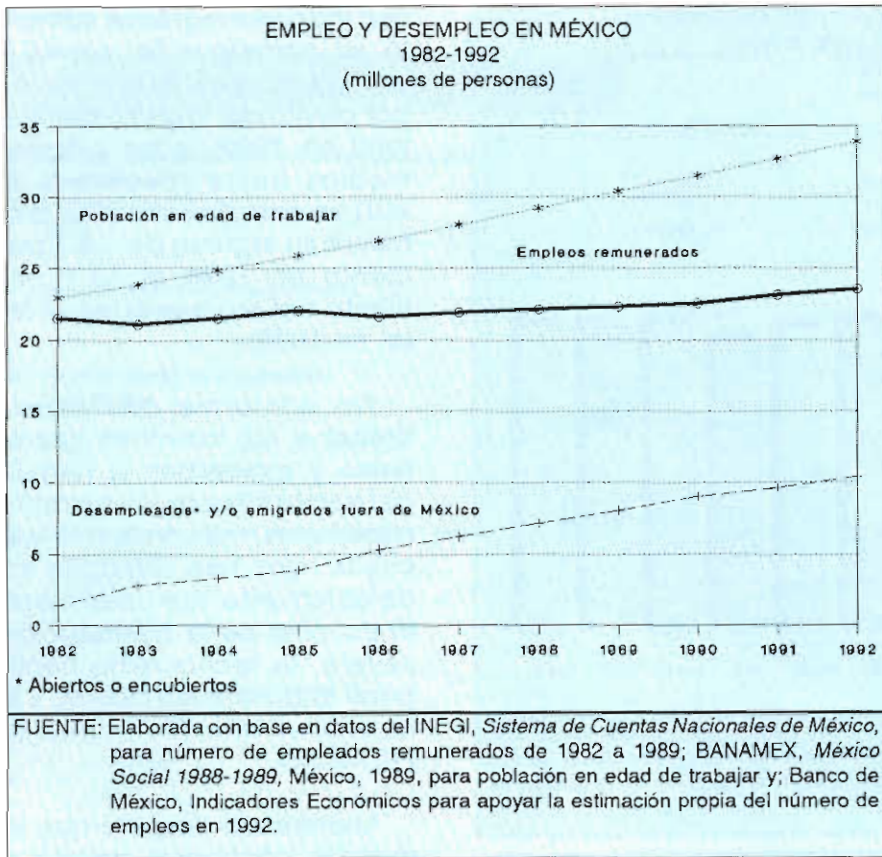
con mayores ingresos aumentó su participación del 49.5 por ciento en 1984 al 54.18 por ciento del ingreso familiar total en 1992, y los estratos medios bajos (deciles V al VIII) se empobrecieron al disminuir su ingreso del 36.1 por ciento en 1984 al 33.1 por ciento del ingreso familiar total en 1992.

No conforme con empobrecer a las mayorías nacionales y exacerbar el flagelo del hambre sobre los estratos nacionales más vulnerables, cuyos hijos han quedado indeleblemente marcados con el estigma de la desnutrición severa, la tecnocracia neoliberal impuso a los pobres y a la ciudadanía mexicana el PRONASOL.

Mientras el despojo que el modelo neoliberal infligió a los asalariados de México ascendió a 165 mil 871 millones de dólares corrientes durante el periodo 1989-1993 (más la pérdida de percepciones indirectas por reducción del gasto social per cápita), el gasto público ejercido en "solidaridad y desarrollo regional" ascendió apenas a 7 mil 213.7 millones de dólares corrientes en el mismo lapso.

Las partidas del gasto público que ahora se ejercen, con un colosal despliegue propagandístico, en PRONASOL ya eran ejercidas por la administración pública en tiempos anteriores al experimento neoliberal en México. En 1981 dichas partidas ascendieron a 2 mil 044.91 millones de dólares constantes de 1980, mientras que en



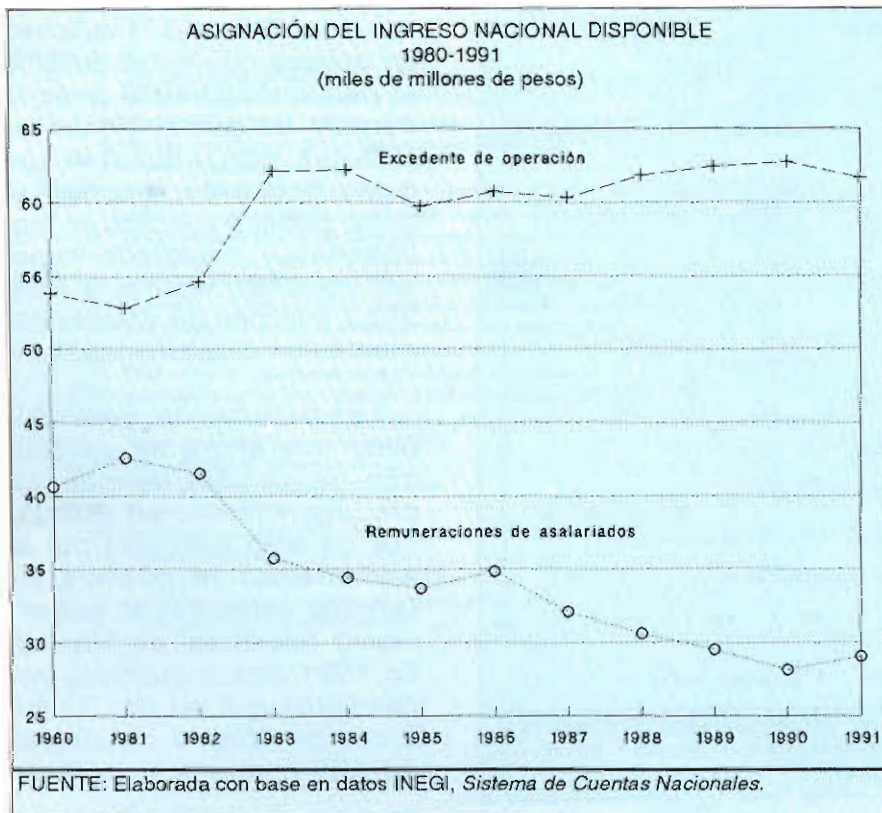


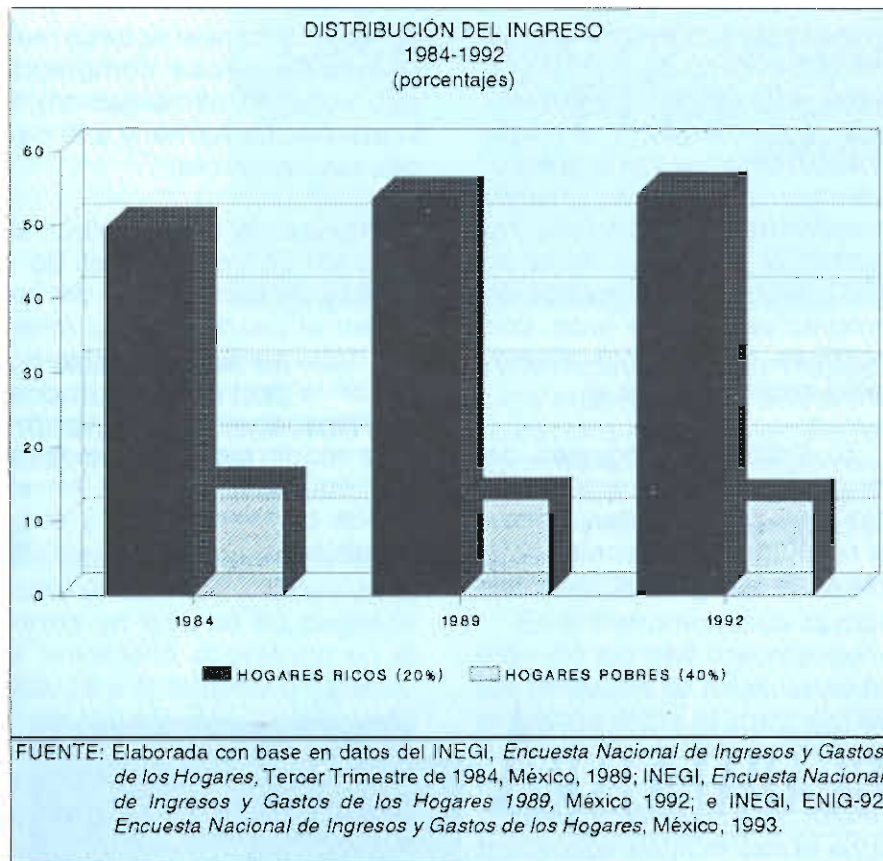
1993 ascendieron a mil 302.05 millones de dólares.

Además PRONASOL representa un alto costo publicitario en tiempos gubernamentales de televisión y radio dedicados a su propaganda, costo que supera con creces el gasto ejercido en "solidaridad y desarrollo regional".

Finalmente, el modelo neoliberal ha resultado también marcadamente excluyente para la mayoría del empresario mexicano. Primero, porque las privatizaciones "dirigidas" y las políticas preferenciales de precios relativos provocaron una redistribución de la riqueza y del ingreso empresarial en favor de grupos oligopólicos, creando rentas extraordinarias de monopolio (por ejemplo, telefónicas) u oligopolio (como las ganancias bancarias).

Segundo, porque las políticas de estabilización y ajuste estructural, y particularmente la apertura comercial, beneficiaron a un reducido grupo de empresas y afectaron adversamente a la mayoría, impactando ramas completas de la industria y de la producción primaria cuya crisis es tan severa que su producción es aun ahora inferior a la de 1981 (detrás del déficit comercial de 20 mil 608 millones de dólares, del déficit fiscal cero y, en general, de las políticas neoliberales de estabilización y ajuste, se encuentran empresarios en quiebra o que sobreviven con penuria por la fuerte y desigual competencia externa, la contracción o contención del crecimiento del mercado interno,





la escasez y el encarecimiento del crédito, el deterioro de la infraestructura y la supresión o reducción de los programas de fomento sectorial)

Tercero, porque la liberalización de los mercados financieros desencadenó una febril especulación bursátil y financiera que ha enriquecido a unos cuantos. Sólo el 0.74 por ciento de la población detenta capitales financieros que representan el 38.8 por ciento del producto interno bruto, y sólo 27 hombres de negocios controlan riquezas equivalentes al 28.5 por ciento del PIB nacional de 1992.

De esta manera, como contraparte de la pauperización de las mayorías nacionales y de la ruina y penuria de numerosos empresarios, se

produjo una hiperconcentración del ingreso y la riqueza en favor de una reducida élite de hombres de negocios, 13 de los cuales figuran ahora en las listas de los más ricos del mundo, evidenciándose como los grandes beneficiarios del modelo económico neoliberal.

Este carácter depredador del bienestar social y marcadamente excluyente de la mayoría de los ciudadanos (empresarios, asalariados y campesinos) cuestionan la conveniencia nacional y la viabilidad del modelo neoliberal

La elevación del bienestar social es fin esencial de toda certera política económica. El incremento sostenido de la eficiencia y la productividad

debe compatibilizarse con este fin esencial. Es inadmisibles el sacrificio de las generaciones presentes en aras de un paraíso neoliberal que vendrá en un futuro remoto e indefinido, es decir, de una utopía neoliberal tan incierta como la utopía comunista

Además, la dinamización y el crecimiento sostenido de la economía nacional, es decir, la elevación ininterrumpida de la eficiencia agregada del aparato productivo mexicano, que presupone la superación de las desigualdades en el desarrollo de los sectores y ramas de la producción nacional, hace también necesario el mejoramiento sustantivo de la distribución del ingreso en favor de las mayorías nacionales y de las ramas productivas con mayor efecto de arrastre sobre el conjunto de la economía nacional.

Por consiguiente, la verdadera modernización económica es inconcebible sin la modernización de la distribución del ingreso. Un nuevo modelo económico incluye de la mayoría de los mexicanos debe, por tanto, contemplar: 1) políticas sectoriales que atiendan el desarrollo preferente de los sectores y ramas productivas estratégicas y prioritarias por sus efectos multiplicadores sobre el empleo, la producción y la inversión.

2) Políticas salariales activas que mejoren la distribución funcional del ingreso, recuperando (y después elevando) la participación de los salarios en el producto nacional.

3) Mejoramiento de la distribución familiar del ingreso a través de los puntos anteriores más la promoción de actividades económicas viables entre la población marginal rural y urbana, particularmente las intensivas en mano de obra.

4) Políticas de desarrollo regional que atiendan la promoción del desarrollo económico y del bienestar en las regiones más rezagadas, a través del incremento de las oportunidades de empleo, ingreso y bienestar en estas re-

giones, suprimiendo el escarño publicitario de PRONASOL pero reforzando la intervención gubernamental en esta área no sólo mediante la recuperación del gasto en el rubro "solidaridad y desarrollo regional" al nivel que tenía en 1981, sino con su ampliación progresiva y, sobre todo, con políticas de fomento económico sectorial y social

5) Políticas integrales de formación de recursos humanos que comprendan desde la nutrición y la atención a la salud de los grupos más vul-

nerables, hasta el acceso real (mediante becas completas que incluyan alimentación) a la educación formal y a la capacitación laboral

México no debe arribar al siglo XXI con estructuras porfirianas de distribución del ingreso; el paso al nuevo milenio debe tener como criterio rector la inclusión de todos los mexicanos en una verdadera modernidad económica con equidad, armonía en el patrón de crecimiento y sustentabilidad ambiental. •

Revista UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

Cada dos meses en 1994



Enero-Febrero
Cuba: las otras aperturas

Marzo-Abril
Fotos y fotografías

